



V. TETTAMANTI

OPINIÓN

Ariel, el de la murga

El del tiro cerca del ojo.
No el León de Dios.
Ariel, el villero.
Sin más poder que su alegría.
No el jabón para lavar.
Ariel, sin lavarropas.
El miedo de Ariel,
las sacudidas. El ruido.
Ariel ensangrentado.
País banderín. Sucio.
Muy sucio. Ariel,
el enemigo número uno del Estado.
El narcotraficante.

Ariel, el morochito de ocho años.

(de *Todos podemos ser Raymond Carver*)

Autor: *Gustavo Caso Rosendi*

Prismas para un conflicto

Nuestroamericano: la guerra etérea

Nuestra identidad y las relaciones internacionales

Carlos Raimundi

Voy a tratar de transmitir mi interpretación del concepto de guerra etérea. En términos de asociación freudiano-lacaniana, resuena como una atmósfera de guerra que se respira, donde el resentimiento y el miedo están omnipresentes. Ese miedo genera repliegue popular, repliegue de la subjetividad colectiva a la subjetividad individual, como una de sus consecuencias. Ese repliegue lleva a deprimir, no sólo en términos psicológicos, sino políticos, en el sentido de reducir las fuerzas para luchar, lo que confirma el planteo que hacía Arturo Jauretche, sobre el hecho de que los pueblos no pueden luchar si están deprimidos. Entonces, uno de los objetivos de la guerra etérea es reducir la capacidad de organización y de lucha de los pueblos.

Esta idea de la guerra en todo lugar, que voy a retomar sobre el final, está asociada a la noción de Imperio: una de las condiciones del Imperio es que necesita dominarlo todo. ¿Cómo se fue configurando esta noción de Imperio, del Imperio moderno como una continuidad entre el Imperio británico y el imperialismo estadounidense? Y lo nombro como estadounidense pero sabemos que es más que eso. No sería correcto seguir refiriéndonos a esa noción reducida a la categoría de Imperio ejercido sólo por un Estado nacional. Si bien está centrado en un Estado nacional como los Estados Unidos, es claramente más que eso, porque se combina con la presencia de enormes conglomerados transnacionales, uno de cuyos objetivos centrales es, precisamente, la destrucción de la figura del Estado.

Deberíamos remontarnos a los inicios de la modernidad. Menciono esto como referencia histórica que heredamos de

nuestra colonización cultural por parte de Europa, porque la división en edades antigua, media, moderna y contemporánea sólo remiten a la historia europea. Nada tiene que ver con la evolución de las civilizaciones orientales, hindúes, africanas o de los pueblos americanos preexistentes a la conquista. Reitero, sólo sirve como referencia.

Finaliza la Edad Media con una serie de cambios que desplazan la perspectiva mediterránea que movilizaba a Europa hasta ese momento por la perspectiva atlántica. Conscientes ya de la esfericidad de la Tierra (concepto que se manejaba con anterioridad en otras civilizaciones), y en busca de las Indias por una ruta alternativa, los navegantes europeos llegan a América, donde pre-existían poblaciones altamente desarrolladas en matemática, agricultura, arquitectura, artes, etc. A diferencia de Europa, no conocían el uso de la rueda, del caballo y de la tecnología militar, y ese déficit fue el que marcó la superioridad de las fuerzas europeas, sumado a las divisiones intestinas entre Mayapan y Chichen Itza en el imperio maya o entre Huáscar y Atahualpa entre los incas. La supremacía del conquistador que aprovecha la división interna para cooptar a uno de los sectores nativos será una constante en la historia de la dominación de nuestro continente hasta la actualidad.

Los siglos XVII y XVIII marcan la disputa por el predominio marítimo entre España y Gran Bretaña, que se define a favor de esta última con la ayuda de las naves piratas que también eran consentidas por la corona. La superioridad británica se reitera en cuanto a la modernización de su sistema productivo, en el tipo de instituciones políticas con mayor presencia de la sociedad en el caso británico, y en el tipo de cultura imperial que van a desplegar ambas metrópolis.

Comparto el planteo de Max Weber sobre la incidencia de la cultura anglicana en la formación de un capitalismo temprano en Gran Bretaña respecto del resto de Europa. Se trata de un régimen que se moderniza a partir de una visión individualista que surge de lo religioso y al trasladarse a lo productivo lo

dinamiza notablemente. Más tarde, esto tendrá sus consecuencias en el proceso de colonización.

Otro aspecto diferencial es que los colonos británicos rompen con la Corona, y al llegar a la América del Norte fundan su idea de futuro en el desarrollo del nuevo territorio. No sucede lo mismo con los primeros «Adelantados» que llegaron a América del Sur en nombre del rey de España, y no se enriquecen con el desarrollo de las nuevas tierras, sino con el diezmo o comisión que obtendrán de la depredación de nuestros metales preciosos para entregarlos a la corona. España, al importar todas sus manufacturas a cambio del oro llegado de América, estancó su propia producción. La etapa llamada mercantilista de los siglos XVII y XVIII, consolidó el atraso español respecto de países como Gran Bretaña y Holanda, trasladó a sus colonias esa cultura rentística por sobre la productiva, transfirió la modalidad monopólica de organización de su economía, estableció un modo de distribución de la tierra de corte latifundista y un tipo de instituciones que priorizó el centralismo por sobre la participación de la sociedad civil. Las propias fuerzas de seguridad, que toda organización política construye para garantizar el orden social, formaron una alianza con aquella burguesía productiva en el norte, y una alianza de clase con la oligarquía terrateniente en el sur, la cual sería el embrión de los golpes de Estado que marcarán a fuego a América Latina durante el siglo XX. Uno de los pocos elementos comunes que podemos encontrar en ambas conquistas del territorio es el despojo de sus tierras a las poblaciones indígenas, aunque, reitero, para fundar dos modelos productivos significativamente diferentes. *Paradójicamente, una constitución más flexible permitirá un proceso aglutinador en el norte, y constituciones más pétreas serán testigos de la des-integración en el sur.* En el caso de la colonización anglosajona, la idiosincrasia expansiva que caracteriza a toda cultura insular –traída en este caso de Gran Bretaña– se combina con el asombro edificante de ocupar un territorio que se les presenta inacabable, y se configura así la primera fase de lo que luego se conocerá como “el sueño

americano”. *Desde esa perspectiva, tomarán en cuenta a cada acontecimiento que ocurra en cada punto del planeta como un riesgo para su propia seguridad. Se va configurando el Imperio para la guerra etérea del presente.*

La segunda etapa de la revolución industrial, signada por la aparición de la electricidad y su aplicación al proceso productivo, y las innovaciones técnicas en materia de transporte y comunicaciones, modifica sustancialmente el ritmo de la producción en busca de nuevos mercados, ya sea para la obtención de materias primas, mano de obra o nuevos consumidores. Occidente se enfrenta a una nueva división internacional del trabajo, en la cual los centros industriales de Europa se insertan como proveedores de manufacturas altamente elaboradas. Por su parte, los Estados Unidos se encuentran frente a la llamada guerra de secesión entre los estados de la Unión y los once estados confederados del sur, que habían proclamado su independencia. El triunfo del norte sobre el sur determina la incorporación estratégica del país en la mencionada división internacional del trabajo desde una perspectiva claramente industrial. A diferencia de los estados europeos que, desprovistos de materias primas deben aprovisionarse de ellas en sus lejanas colonias de Asia y África, los Estados Unidos corren con la ventaja de poseer amplias praderas que le suministran carne y granos, así como el descubrimiento de un número creciente de pozos de petróleo.

Simultáneamente, América del Sur también sufre lo que podríamos llamar dos guerras de secesión: la Guerra del Pacífico (1879-1883) y la Guerra del Paraguay (1865-1870), ambas financiadas por los intereses británicos presentes en la región. En la primera de las nombradas, Chile anexa para sí parte del territorio del sur de Perú, y priva a Bolivia del acceso al Océano Pacífico con que contaba para sus exportaciones, forjando así un resentimiento histórico de parte de sus adversarios. Por la segunda de las nombradas, las oligarquías del sur de Brasil, Montevideo y Buenos Aires, desarticulan el modelo industrial más desarrollado del continente, diezmando a la población del

Paraguay y sometiéndolo a la pobreza. Trece colonias de América del Norte, distintas y distantes entre sí, se convierten en “estados unidos”; tres virreinos de América Latina que compartieron lengua, religión y costumbres, se dividen en más de veinte “estados des-unidos”, y cada uno recibirá los beneficios y los daños derivados de lo que sus respectivas clases dirigentes hicieron de ellos. Como corolario, América del Sur afronta la nueva división internacional del trabajo como una región que sólo proveerá de materias primas, para recibir de los centros industriales las manufacturas elaboradas. Esto no sólo ensanchará nuestras desventajas respecto de Europa, sino también de los Estados Unidos, que se erigirá a partir de entonces como una potencia con aspiraciones extra-continenciales. Estamos ante una nueva interface del llamado “destino manifiesto” que los padres fundadores imaginaron para los EE.UU. Comienzan a sentirse responsables del porvenir de la humanidad, y para ello necesitarán, como un primer paso, mantener el orden en su vecindario, esto es, la América situada al sur del Río Bravo.

La concepción imperial justificará su predominio en el continente americano con la consigna del presidente James Monroe “América para los americanos” a principios del siglo XIX. A mediados de ese siglo los EE.UU. comprarán a Rusia el territorio de Alaska y anexarán Texas, anteriormente perteneciente a México. Y, sobre finales de siglo, la doctrina del big stick o “gran garrote” de Theodore Roosevelt, consolidará la supremacía sobre América del Sur mediante la dominación financiera.

Los EE.UU. ayudan a sus aliados a derrotar a Alemania en la Primera Guerra Mundial, pero pocos años más tarde –en 1929– se desata la crisis de Wall Street. Gracias al aporte histórico de John Maynard Keynes el Estado interviene salvando las instituciones fundamentales del capitalismo y supera la crisis a partir de la industria militar que se prepara para una segunda y decisiva intervención en Europa. Los nacionalismos europeos más duros intentan detener la expansión de las dos tendencias internacionales, el capitalismo de origen estadounidense y el socialismo soviético, sobre el viejo continente, pero son

derrotados, y esto instala definitivamente a los EE.UU. como superpotencia mundial.

Luego de vencer en la guerra, se fortalece el liderazgo militar ejercido por los EE.UU. sobre gran parte de los ejércitos latinoamericanos a través de las academias de formación como West Point en Nueva York y la Escuela de las Américas en Panamá, desde donde, en plena guerra fría, se imparte la Doctrina de la Seguridad Nacional. Como surge de su propia denominación, este ideario entrelaza dos conceptos bien delimitados entre sí como la seguridad interior y la defensa nacional. A grandes trazos, establece lo siguiente: 1. América Latina profesa la filosofía liberal y por lo tanto no puede caer bajo las garras del marxismo bajo ningún punto de vista. 2. Dado el frenesí de la carrera armamentista entre los EE.UU. y la Unión Soviética, con arsenales nucleares capaces de destruir más de una vez nuestro planeta, los ejércitos latinoamericanos no están en condiciones de enfrentar al enemigo –el marxismo soviético– en el plano militar. 3. Pero el enemigo no actúa únicamente en ese plano; tan peligroso como eso es su penetración política, ideológica y cultural, y esos son los planos reservados al combate de las fuerzas armadas locales.

En medio del clima insurreccional de los años 70, el marxismo penetra a través de la literatura, la música, el teatro y la militancia estudiantil, sindical y política, a las cuales nuestras fuerzas armadas y de seguridad, encargadas de preservar nuestro ‘ser nacional’ según el Imperio, tienen la misión de reprimir. Descartadas para su misión central que es prevenir y conjurar el ataque externo, las fuerzas armadas de gran parte de la región centran su tarea en combatir al enemigo interno.

A este liderazgo militar se suma la penetración cultural de los EE.UU. en el bloque occidental y en nuestra región en particular. Sus dos mayores herramientas de la industria cultural, el cine y la televisión (en auge durante los años 50), se encargan de divulgar el estilo de vida americano, de modo de imponer toda una modalidad para mirar el mundo y organizar la vida familiar y productiva, y estandarizar una matriz de consumo –de

toda una estética corporal, indumentaria, decoración del hogar, mobiliario y electrodomésticos, automóviles– que optimice las ganancias empresarias de capital estadounidense. Hollywood multiplica las películas sobre su victoria en la guerra, las novelas románticas, el género musical y las comedias pasatistas, y proyecta la imagen de galanes apuestos e ídolos juveniles, para extender la idea de que los Estados Unidos y todo el mundo capitalista viven un clima de fiesta. Al liderazgo militar y la penetración a través de la cultura, se suma la expansión transnacional del capital y la dominación política, en apoyo de líderes afines a sus intereses y el derrocamiento de aquellos gobiernos que no respondan a los mismos, incluyendo asesinatos como el de Jorge Eliecer Gaitán en Colombia y las invasiones a Guatemala y República Dominicana. El Imperio se despliega sobre América Latina con todo su esplendor.

Aún en plena fase del capitalismo industrial, en la segunda mitad de los años 50 el desarrollismo remplace al modelo de sustitución de importaciones. Sobre finales de los años 30 y toda la década de los 40, las economías industriales siguieron requiriendo nuestras materias primas, pero mermaron la exportación de manufacturas hacia nuestros países, debido a que su estructura productiva se concentró en la guerra. Mediante ese superávit del comercio internacional, nuestras economías vivieron una etapa de re-capitalización que permitió orientar el capital nacional hacia un incipiente proceso de industrialización, conocido como la etapa sustitutiva de importaciones. En cambio, a partir de la mencionada ofensiva de los EE.UU. victoriosos sobre la región, ese proceso industrial basado en capitales y empresas nacionales es remplazado por una potente llegada de capital estadounidense, que demanda medidas de apertura económica para permitir la remesa de sus utilidades a sus casas centrales. Se retorna así a la transferencia de recursos al exterior y la descapitalización de nuestros países, en medio del señuelo que el presidente Kennedy propuso como estímulo al desarrollo de América Latina –remozado en sus apariencias, pero consabido en su concepción– al que bautizó

“Alianza para el Progreso” y que naufragó rápidamente debido a su inconsistencia.

No obstante, este retroceso de nuestra autonomía regional no alcanzó para destruir a la burguesía productiva que tan trabajosamente se había conformado durante la etapa de sustitución de importaciones. Entrados los años 70, todavía nos situamos en el modo de producción fordista-taylorista, que necesita muchos trabajadores por cada unidad de producción. Pero, a diferencia de los años 40 y los primeros 50, el capital extranjero y el giro de utilidades al exterior reemplaza a la reinversión interna del capital, ensanchando la mencionada transferencia de recursos. La ganancia no se reinvierte en el desarrollo nacional, sino que se desplaza a las matrices externas, y se amplía con esto la brecha de desarrollo entre los países centrales y los periféricos, entre los cuales se encuentra nuestra región. Se pre-moldean las bases de lo que luego será el cambio de fase hacia el capitalismo financiero a partir de la segunda mitad de los años 70.

En 1971, bajo la gestión de Richard Nixon, Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinsky, el gobierno de los EE.UU. decreta la “inconvertibilidad del dólar”. En una clara señal de poderío económico internacional, desembarazan a la moneda estadounidense del capítulo de los acuerdos de Bretton Woods que exigía para las divisas un cierto respaldo en oro, y disponen fijar libremente el valor del dólar y de la tasa de interés internacional a través de la Reserva Federal. Con esto, liberan el mercado financiero e inundan de nuevas entidades bancarias a los principales centros bursátiles del mundo.

Esta medida alcanzará su mayor importancia en 1973, luego de que la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) dispusiera unilateral e imprevistamente un fuerte incremento en el precio del barril. El aumento impactó sensiblemente en los países industriales, quienes raudamente, en un debate de dimensión geopolítica y estratégica para salir de la encrucijada, deciden aminorar ese impacto a través de nuevos modos de producción cada vez menos dependiente del petróleo.

Se precipita, así, un fenómeno que hubiera acaecido de todos modos, pero que se acelera a partir de la crisis del petróleo.

La OPEP estaba conformada por países subdesarrollados, con fuerte presencia de empresas petroleras multinacionales, con terminal en los estados centrales; y su resolución podría haber reducido la brecha del desarrollo en favor de los países miembros. Sin embargo, la mencionada suba de la tasa de interés bancario y la proliferación de plazas financieras, operaron como un incentivo para que las utilidades producto del aumento del petróleo, en lugar de reinvertirse en los países poseedores del recurso y disminuir así la brecha de desarrollo, fueran colocadas en las plazas financieras de los países centrales y sirvieran para solventar su revolución tecnológica. La brecha entre países ricos y pobres se amplió, en lugar de angostarse; por vía de los “petrodólares”, la revolución tecnológica del Norte es, paradójicamente, financiada por el Sur.

La segunda fuente de financiamiento de la revolución tecnológica del Norte la constituyen las deudas externas contraídas por las dictaduras de América Latina en los años 70. Se trató de un endeudamiento de carácter político, no contable: préstamos otorgados a sabiendas de su incobrabilidad, con el objetivo de someter a futuro las políticas económicas de los países deudores y apropiarse de sus bienes públicos a través del shock privatizador que sobrevendría unos años más tarde, bajo la restauración conservadora de Ronald Reagan en los EE.UU. y Margaret Thatcher en el Reino Unido. Esto fue acompañado por las políticas neoliberales impuestas por las dictaduras, entre las cuales resultan emblemáticos los casos de Chile bajo el mando de Augusto Pinochet y la Argentina de Jorge Videla y José Alfredo Martínez de Hoz. Se trata de la primera fase del denominado “ajuste estructural” de nuestra región, en el marco de la migración del capitalismo mundial de la fase productiva – ganancia originada en la producción de bienes tangibles– hacia un furibundo proceso de financiarización, esto es, ganancia originada a partir de la pura reproducción especulativa de derivados financieros.

La irracionalidad de aquellos días y semanas previos y siguientes al golpe de estado de 1976, el desconcierto, la perplejidad y la impotencia que sentíamos frente a la desaparición de nuestras Compañeras y Compañeros, y que al cumplirse un año fuera deslumbrante y trágicamente sintetizada en la Carta Abierta de Rodolfo Walsh, recién encontraría su explicación cuando logramos ver, en mayor perspectiva, el rol que los grandes centros de poder mundial habían asignado a América Latina en aquel momento de reconfiguración del capitalismo mundial, que se preparaba para su estocada final contra el comunismo, una década después.

Como consecuencia del desprestigio cosechado en el caso de espionaje conocido como Watergate, los republicanos no pueden continuar en el gobierno y el demócrata James Carter gana las elecciones de 1976 en los EE.UU. El estilo de Carter difiere del de sus antecesores, y una serie de acontecimientos de la política internacional le valen una profunda crítica por no haber defendido cabalmente los intereses de su país en el terreno de la geopolítica, en plena disputa con el bloque socialista. 1979 será un año aciago para Carter. Las tropas soviéticas invadirán Afganistán; el líder religioso Ruhollah Jomeini destituye al sha de Irán que simpatizaba con el Reino Unido, funda la República Fundamentalista Islámica con un sesgo profundamente anti-occidental, y más tarde un comando mantiene como rehenes a medio centenar de diplomáticos y ciudadanos estadounidenses en la embajada de ese país en Teherán durante más de un año; el Frente Sandinista de Liberación quita del poder a Anastasio Somoza en Nicaragua. Carter se presentará a la reelección, pero será claramente derrotado. Los votantes estadounidenses se inclinarán por un halcón del conservadurismo más rancio, el ex actor y ex gobernador de California, Ronald Reagan.

De la mano de esta restauración conservadora que expresan Reagan y Margaret Thatcher, durante los años 80 se incrementará el ritmo de relocalización y la renta del capital. Este viajará adonde encuentre los menores costos de producción y la más

leve o ninguna presión tributaria, dejando reservado para los centros de mayor productividad los eslabones más sofisticados de la producción desde el punto de vista tecnológico. Aumenta la tendencia a la concentración del capital y la formación de grandes conglomerados, a la vez que la terciarización de servicios. Se fragmenta la cadena productiva, pero se centraliza oligopólicamente su control financiero. Decece la producción de bienes, pero a través de un colosal aparato de propaganda, el universo financiero puede exhibir como una virtud del sistema la elevación de la ganancia del capital, y lo expresa bajo la apariencia de un consumismo insaciable de las clases más altas, frente al retroceso del nivel de vida de los pueblos que siguen bajo el área de influencia soviética. Se aproxima la etapa de la globalización y la unipolaridad: en tiempo real, las nuevas tecnologías en comunicación se encargarán de vincular entre sí a todos los rincones del planeta, que convivirán en una supuesta “aldea global”, y democracia electoral y libertad de mercado serán los pilares que el paradigma estadounidense intentará imponer a la totalidad del planeta.

La mención al año 1979 no fue aleatoria, sino que adquiere su significado por lo que vendría después. Para responder a la invasión soviética a Afganistán, los EE.UU. fortalecieron al ejército talibán, una fuerza nacionalista orientada por un líder formado por sus propios servicios de inteligencia, cuyo nombre era Osama Bin Laden. Para enfrentar al nuevo régimen antiestadounidense de Irán, apoyan a Irak en un conflicto que se extendería entre 1980 y 1988, en la figura de su presidente, Saddam Hussein. Luego de su buen desempeño en esa guerra, Hussein cree que puede convertirse en líder de los países árabes representando al partido Baaz, y ocupa intempestivamente el territorio de Kuwait, lo que desencadena la inmediata y furibunda reacción de los EE.UU. El episodio, conocido como ‘la primera Guerra del Golfo’, se extendió por pocas semanas y, transmitida en tiempo real por las grandes cadenas de comunicación, da cuenta al mundo del salto tecnológico aplicado a una contienda bélica. Derrotado, Hussein continúa como

presidente de Irak, pero definitivamente lejos de la protección de la mayor superpotencia de la etapa.

Cuando, en la década de los años 90 se configura la nueva unipolaridad bajo el nombre de “globalización”, se deroga la ley Glass-Steagall que regulaba el capital financiero, y eso abre el camino absoluto y definitivo para la independización del capital respecto de las directivas estatales, el proceso de concentración del capital financiero globalizado entra en un ritmo desenfrenado. Los EE.UU. desarrollan nuevas tecnologías aplicadas a la guerra, pero siempre previendo un escenario convencional. Ya sea en el territorio, el mar o el espacio aéreo, se trata de una perspectiva de agresión entre las milicias regulares que representan a Estados. Pero en 2001 sobrevienen los atentados a las torres gemelas, y rompen con ese esquema pre-determinado. Luego tendrán lugar los atentados a la estación de Atocha, en Madrid, y al metro de Londres, el trípole de gobiernos (EE. UU., Reino Unido y España) que impulsaron las invasiones a Irak y a Afganistán, tomando como objetivos precisamente a las figuras de Saddam Hussein y Osama Bin Laden. Aquellos atentados habían constituido ataques cuya fortaleza estuvo en la convicción y la sincronización, antes que en el despliegue de armamentos y la ocupación de territorios, y cambiaron con eso los paradigmas de la defensa vigentes hasta entonces. La guerra no tiene un teatro de operaciones delimitado, no se trata de tropas regulares y torna inútil la disuasión. La amenaza de daño es irrelevante por cuanto es el propio enemigo el que está dispuesto a inmolarse.

Nace el concepto de guerra preventiva, la “guerra etérea”. Al ignorarse cuándo comenzará, en qué lugar se llevará a cabo y cuál será la modalidad a utilizar, la prevención al ataque deberá estar presente en todo lugar, en todo momento y bajo toda circunstancia. Así como todo método es válido para la agresión, todo método será válido para anticiparse a ella. Con esa argumentación se extremaron las medidas de seguridad en ciudades y aeropuertos, se convalidaron formas de tortura y se justificó la invasión de países, la muerte de civiles como efecto ‘colateral’

de la guerra o el ajusticiamiento de líderes de gobierno. Además, se agudizaron los controles informáticos y se incrementó el financiamiento de organismos que se fueron infiltrando en el tejido social de diversas poblaciones del planeta, ya fuera con el objetivo de cumplir tareas de inteligencia o bien de ir persuadiéndolas en favor de los intereses del Imperio, bajo el ropaje de modernas ‘organizaciones no gubernamentales’ u ‘organizaciones de la sociedad civil’: clima de guerra omnipresente, la guerra en el éter.

El derribo de las Torres Gemelas modificó también otros paradigmas, como la homogeneidad ideológica de los partidos políticos de Europa. Las invasiones a Irak y Afganistán dispuestas por el entonces presidente de los EE.UU., George W. Bush, fueron apoyadas en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas por un gobierno de derecha como el de José María Aznar en España, y un presumible ‘social-demócrata’ como Tony Blair en el Reino Unido. Y, a su vez, fueron rechazadas por el presidente de derecha de Francia Jacques Chirac y por el canciller socialdemócrata alemán Gerhard Schröder. Este hecho, aunque no sólo este hecho, ayudó aún más al desplome de los partidos políticos que habían construido la encomiable integración europea.

El clima de guerra etérea es funcional a la concentración del capital financiero globalizado. La expansión transnacional del capital de origen estadounidense, su preponderancia a la hora de dictar las reglas del juego, está presente en los tratados transoceánicos de libre comercio y desregulación de servicios que siguen avanzando subrepticamente pese a la oposición altisonante y solitaria del actual presidente de los EE.UU. Donald Trump.

Pese a su grandilocuencia, el capital especulativo continúa elevando su tasa de ganancia en las bolsas internacionales. Trump no representa, como algunos pretenden, una suerte de retorno al keynesianismo. El retorno de plantas industriales actualmente radicadas en el exterior sólo conseguirá, en el contexto actual de la economía internacional, disminuir el salario de los trabajadores estadounidenses hasta asimilarlo al de los

países de menor desarrollo, ensanchando aún más la brecha respecto del capital. El discurso de Trump no es la contracara del capital financiero globalizado, sino su consecuencia natural, expresada en la exclusión, el odio y el resentimiento que tal acumulación desmesurada de riqueza genera en los pueblos. Tanto una subjetividad, la neoliberal, como la otra, neofascista, niegan a la comunicación política como articuladora de intereses. La miseria y los refugiados son resultado de la primera; la construcción de muros, la expulsión de extranjeros y las amenazas de ataque nuclear lo son de la segunda. Ninguna de las dos es ni procura construir una subjetividad profundamente democrática.

La construcción de una subjetividad popular, profundamente democrática, como marco cultural de un proyecto político y económico autónomo y sustentable, teniendo como objetivo un mundo pacífico y multipolar, es la tarea pendiente de los movimientos populares de América Latina, en contacto con las recientes experiencias de la nueva izquierda europea, con movimientos sociales afines de distintas partes del mundo, y con aquellos bloques que se manifiestan respetuosos y solidarios con la voluntad de los pueblos y los Estados soberanos menos poderosos.

Existe, pues, una relación dialéctica entre concentración del capital, exclusión social y armamentismo. La concentración lleva a la guerra etérea, la que está presente en todo momento y en todo lugar, y se manifiesta a través de cualquier metodología, sin guardar respeto por límite democrático alguno. Por eso, preservar la Paz para América Latina no es un planteo naif, ni está hecho desde una mirada únicamente ética o romántica. Se trata de una cuestión profundamente estratégica y geopolítica.